

El fascismo: la barbarie moderna

JOSÉ RAMÓN CATALÁN
Departamento de Filosofía
UCA, San Salvador

1. Introducción

El mes de febrero de 2006 fui invitado a dar una charla acerca de los nuevos fascismos con motivo de las Jornadas Ignacio Ellacuría. Mi intención era publicar lo que había sido el texto de fondo tras haberme enriquecido con las preguntas que allí se me harían, pero todo se truncó cuando al releer uno de los libros que componen lo que se ha denominado la “trilogía de los campos de concentración” de Primo Levy, *Si esto es un hombre*, el autor, escritor de gran sensibilidad y agudeza, cautivo además en Auschwitz y por lo tanto testigo de primera mano, afirmaba que “no se debe comprender”. Debo confesar que me quedé perplejo aunque también comprendí lo fácil que es creer que todo puede y debe ser representado, en suma, banalizar lo que allí ocurrió.

En cualquier caso, me hizo reflexionar: es una víctima quien lo demanda, y en eso estaba cuando pude hacerme con un material inestimable por su profundidad y calidad. La lectura de las *Tesis de la historia* y *Para una crítica de la violencia* de Walter Benjamin, así como parte de la obra que Reyes Mate dedica al asunto judío, *Memorias de Auschwitz*, o *Medianoche en la historia*, o *La estrella de la redención* de Franz Rosenzweig, me dio argumentos, no sólo para “dialogar” con Primo Levy, sino que me permitió adoptar otro punto de vista a la hora de enfocar un asunto tan vidrioso como el nazismo. ¿Qué sentido tiene escribir acerca de algo que no se “debe comprender”? ¿No es justamente comprender lo que queremos? Considero tan importante este punto que a él le dedico el segundo epígrafe. Los epígrafes tercero y cuarto se ocupan de las respectivas visiones del fascismo presentaron E. Levinas y W. Benjamin. Hay muchas pero la de estos dos “avisadores del fuego”¹ son quizá las más originales. Levinas nos permitirá ver las bases biológicas en las que echa raíz el racismo. Benjamin por su parte, nos introducirá en el mundo del estado de excepción y demostrará lo moderno que es el fascismo y lo mal que se asombraron sus contemporáneos. En el quinto epígrafe intentaré mostrar el influjo “espiritual” del nazismo y cómo se creó el mito. En el sexto nos adentraremos en el Estado totalitario como la institución por excelencia en la que se apoyaron estos movimientos “revolucionarios”. El séptimo lo dedico a dos grandes instituciones que marcaron definitivamente a esos movimientos: el líder carismático y la dictadura. Ni la propaganda ni la estética podían faltar - Benjamin decía que el nazismo era “la estetización de la “política” – y ambas aparecen en

los epígrafes octavo y noveno. En el décimo hablaremos de la actualidad para reflexionar un poco sobre ella.

2. ¿Se puede comprender el nazismo?

*Quizás no se puede comprender todo lo que sucedió, o no se deba comprender, porque comprender es casi justificar. Me explico: “comprender” una proposición o un comportamiento humano significa (incluso etimológicamente) contenerlo, contener al autor, ponerse en su lugar, identificarse con él. Pero ningún hombre normal podrá jamás identificarse con Hitler, Himmler, Goebbels, Eichmann e infinitos otros. Esto nos desorienta y la vez nos consuela: porque quizás sea deseable que sus palabras (y también, por desgracia, sus obras) no lleguen nunca a resultarnos comprensibles. Son palabras y actos no humanos, o peor, contrahumanos, sin precedentes históricos, difícilmente comparables con los hechos más crueles de la lucha biológica por la existencia. A esta lucha podemos asimilar la guerra: pero Auschwitz nada tiene que ver con la guerra, no es un episodio, no es una forma extremada. La guerra es un hecho terrible desde siempre: podemos execrarlo pero está en nosotros, tiene su “racionalidad, lo “comprendemos”. (...) Si comprender es imposible, conocer es necesario, porque lo sucedido puede volver a suceder, las conciencias pueden ser seducidas y obnubiladas de nuevo: las nuestras también.*²

¿Cómo calificar este desgarrador fragmento de Primo Levi? A mi entender es paralizante. Paralizante porque en él confluyen tanto la claridad como la oscuridad. Veámoslo.

Resulta claro porque Levi no quiere de ningún modo que este acontecimiento entre a formar parte de la razón hegeliana: “lo real es racional y lo racional es real”, que sea arrastrado por el “huracán del progreso” (Benjamin), quiere que sea algo que por no ser engullido por dicha razón se convierta en algo único, algo que dé que pensar a todas las generaciones futuras. En resumidas cuentas, Auschwitz no puede ser conceptualizado, va más allá del concepto (Adorno).

Además comprender no es justificar como afirma Levi. “Comprender” es comprender, no valorar. ¿Cómo podríamos evitar la repetición de este acontecimiento si no lo comprendemos? Levi nos dice que “si comprender es imposible, conocer es necesario”, y esto es lo que resulta oscuro, porque ¿qué es entonces conocer? ¿Quizá describir? Pero en este caso caeríamos en la trampa del historicismo de Ranke: “Narrar los acontecimientos tal y como ocurrieron”, y ¿no es precisamente esta forma de escribir la historia la que una y otra vez denuncia Walter Benjamin en sus tesis?

Articular históricamente el pasado no significa conocerlo “tal como fue en concreto”, sino más bien adueñarse de un recuerdo semejante al que brilla en un instante de peligro. Corresponde al materialismo histórico retener con firmeza una imagen del pasado tal como ésta se impone, de improviso, al sujeto histórico en el momento del peligro. El peligro amenaza tanto la existencia de la tradición como a quienes la reciben. Para una y para otros consiste en

entregarlos como instrumentos a la clase dominante. En cada época es preciso intentar arrancar nuevamente la tradición al conformismo que quiere apoderarse de ella. El Mesías no viene sólo como redentor, viene también como vencedor del Anticristo. El don de atizar para el pasado la chispa de la esperanza sólo toca en suerte al historiógrafo perfectamente convencido de que si el enemigo triunfa, ni siquiera los muertos están seguros. Y ese enemigo no ha cesado de triunfar.³

El historiador materialista —entendiendo por materialismo, no el dogmático de la II o III Internacional, sino el que Benjamin propone en la primera de sus tesis, el que va acompañado de la teología— escoge el momento de peligro porque es hay donde surge una auténtica imagen del pasado. ¿Por qué? Porque en ese momento “se disuelve la visión confortable y perezosa de la historia como progreso ininterrumpido”⁴. La tarea del historiador es mostrarnos el potencial utópico de un pasado que ilumine fugazmente el presente y nos permita despertar. Pero ¿no es esto acaso comprender? Y, por otra parte, ¿no es la tradición, aquello que se nos entrega, lo que hay que comprender?

A la primera pregunta se contestaría con un sí; a la segunda, con un no. Y esto porque la tradición que conocemos es la del vencedor, la “agradable” historia del “progreso” humano capaz de acallar todas las voces de los vencidos en medio de las desgracias y catástrofes. Como muy bien precisa José Manuel Romero:

Por ello, para Benjamin, es esencial hacer saltar el “continuum” histórico existente y el continuum histórico de la transmisión cultural dominante. En la más extrema discontinuidad de los horizontes históricos, las esperanzas del colectivo oprimido del pasado sólo pueden ser objeto de rememoración y redención, no a través de la comprensión o fusión de horizontes sino mediante la praxis política emancipadora que haga saltar el continuum catastrófico de la historia. (...) Más allá de la visión idealizada de la continuidad de la tradición, (Benjamin) reconoce la discontinuidad real de la transmisión de todo lo que ha sido excluido o fagocitado por la tradición dominante.⁵

Si ahora volvemos a Levy, creo que ya podemos ver con más claridad que su temor de que Auschwitz sea “comprendido” sólo es inteligible desde una hermenéutica no dialéctica, es decir, desde una hermenéutica que propone una torpe fusión de horizontes que haría asimilable un acontecimiento de esa magnitud. En resumen desde una hermenéutica lineal, la del vencedor, que presentaría ese acontecimiento como uno más —eso sí, terrible— de la historia.

Vayamos ahora a otro de los puntos en discusión. “Pero ningún hombre normal podrá jamás identificarse con Hitler, Himmler, Goebbels, Eichmann e infinitos otros”, escribe Levy. ¿Qué significa normal? ¿Qué significa identificarse? Si “normal” es lo que se opone a lo monstruoso, Levy se equivoca porque justamente Eichmann reunía los dos calificativos, esto es justamente lo que destacó Hannah Arendt en aquel libro tan mal comprendido: *Eichmann en Jerusalén. La banalidad del*

mal. Lo que la autora quiso destacar tras asistir en Jerusalén al juicio del citado nazi no es que el mal fuera banal, esto es, trivial, común, insustancial, sino que el mal puede anidar y tomar la forma más espantosa en tipos tan banales, esto es, triviales, comunes e insustanciales como Eichmann.

¿Qué es “identificarse”? El dramaturgo Terencio escribía en una de sus comedias: “Soy un hombre y nada humano me es ajeno”. “Identificarse” no puede significar “aprobar” o “justificar”. Creo que ocurre justo lo contrario de lo que afirma Levy, todos nos identificamos con los asesinos nazis, y precisamente por ello los reconocemos como pertenecientes al género humano y de ahí justamente brota todo nuestro horror. El espanto surge porque fueron seres humanos, hombres como nosotros, los que llevaron hasta extremos insospechados el horror; si hubiesen sido extraterrestres los autores, tendríamos más tranquila la conciencia.

“Paralizante”, así calificaba el párrafo de Levy. He intentado demostrar en estas líneas que Auschwitz debe ser comprendido precisamente para que no se repita —no estoy pensando sólo en los vivos, mientras los muertos no reciban la justicia que merecen, puede repetirse—, pero no puede ser comprendido desde la verbalidad sino desde el silencio, quizá la más elocuente de las voces, desde la discontinuidad. Leamos estas líneas de E. Wiesel que al igual que Primo Levy padeció la vesania de los campos nazis:

Lo que yo intento es introducir tanto silencio como sea posible. Desearía que mi obra no sea juzgada por las palabras que he escrito, sino por su peso en silencio. Si pudiera comunicar el silencio, la incomunicabilidad, entonces habría justificado una pequeña parte de mi obra.⁶

Y ahora, éstas otras de André Neher, de gran profundidad y sensibilidad. La cita es larga pero estas sabias palabras lo merecen:

¿Está ya madura la filosofía para una evaluación del acontecimiento de Auschwitz entre las categorías universales del sufrimiento? De juzgar según las reacciones intelectuales suscitadas desde hace casi veinte años, cabe dudarlo, hasta tal punto aquéllas han seguido siendo superficiales, discretas y a menudo atolondradas. La mayor parte de los análisis actuales del sufrimiento olvidan la referencia a Auschwitz; algunos prefieren sustituir el sufrimiento de Auschwitz por el de Hiroshima, incluso por el de Dresde; son escasas las meditaciones que intentan interrogar a Auschwitz completamente de frente. Ahora bien, Auschwitz es, ante todo, silencio. (...) Los mártires de Auschwitz son los mártires del silencio. (...) Silencio en primer lugar, de la ciudad concentracionaria, replegada sobre sí misma, sobre sus víctimas y verdugos, separados del mundo exterior por círculos concéntricos de Noche y Niebla. (...) Ni la comparación ni el paralelo se sostienen, nada permite asociar Auschwitz a cualquier otra cosa, porque allí —en Hiroshima, Dresde, o

*Coventry— los hechos fueron sonoros y el estrépito del dolor inmediatamente alcanzó y sobrecogió al mundo entero; los comunicados de guerra los glorificaron o denostaron; había testigos libres sobre el terreno; al instante al menos, acudieron socorros, eficaces o inútiles, qué más da, mientras que en Auschwitz todo se desarrolló, ejecutó, consumó, durante semanas, meses, años, en el silencio absoluto, aparte y a la deriva de la historia.*⁷

3. Emmanuel Lévinas: nazismo como biologismo

En 1934, prácticamente al día siguiente de la llegada al poder de Hitler, Emmanuel Lévinas publica un artículo tan corto como denso y enjundioso en *Esprit*, revista católica de corte progresista y que lleva por título, “Unas reflexiones acerca de la filosofía del hitlerismo”⁸. En él, Levinas manifiesta que el hitlerismo es un atentado contra las cuatro columnas que sostienen la cultura occidental: el judaísmo, el cristianismo, el liberalismo y el marxismo. Afirma que la filosofía de Hitler es primaria: “el hitlerismo es el sueño de los sentimientos elementales”, pero a pesar de ello, “se convierte en algo filosóficamente interesante”. A continuación describe lo que cada pilar ha aportado a la cultura occidental.

“El tiempo, condición de la existencia humana, es sobre todo condición de lo irreparable”, es decir que la inmovilidad del pasado imborrable, nos condena a continuar prohibiéndonos cualquier iniciativa. Ante esta situación el judaísmo nos proporciona la solución, pues del remordimiento brota el perdón que nos alivia y por ello volvemos a empezar. En el cristianismo, la cruz nos libera y por la eucaristía que vence el tiempo, esta liberación se da cada día.

El liberalismo por su parte, “conserva un elemento fundamental bajo la forma de una razón soberana”, “todo el pensamiento filosófico de los tiempos modernos tiende a colocar el espíritu humano en un plano superior al real, cava un abismo entre el hombre y el mundo”. El hombre del liberalismo no elige su destino bajo el peso de una Historia, “no conoce sus posibilidades como poderes inquietos que bullen en él y lo orientan ya por una vía determinada.

La intuición fundamental del marxismo es que el espíritu humano no aparece como pura libertad, “el espíritu es presa de necesidades materiales”, pero este encadenamiento no tiene nada de radical, “la conciencia individual determinada por el ser, no es tan impotente como para no conservar – en principio al menos – el poder de romper el encantamiento social que aparece desde entonces como extraño a su esencia. Tomar conciencia de la situación social es para el propio Marx liberarse del fatalismo que ésta comporta.”

Tras este breve repaso en el que predomina un apetito de trascendencia o cuando menos de liberación, Lévinas analiza la relación cuerpo-espíritu y se remonta a Descartes. Según Lévinas, nunca imaginó Descartes el daño que causaría la división que propuso entre la sustancia pensante y la extensa, relegando a ésta última a un estado de pura

naturaleza. Y es que para nuestro “avisador del fuego”, hay una identidad entre el yo y el cuerpo que impide cualquier dualidad.

El cuerpo no es simplemente un accidente feliz o desdichado que nos pone en contacto con el mundo implacable de la materia; es una adherencia de la que no escapamos y que ninguna metáfora nos haría confundirlo con un objeto exterior. (...) Este sentimiento de identidad entre el yo y el cuerpo no permitirá pues jamás a aquéllos que quieran partir de él encontrar en el fondo de esa unidad, la dualidad de un espíritu libre que se debate contra el cuerpo al que habría sido engarzado. Para ellos al contrario, toda la esencia del espíritu consiste en ese encadenamiento.

Este es el término clave: “encadenamiento”. El hitlerismo coloca en la base de su concepción del hombre el sentimiento del cuerpo, pero para convertirlo ahora en el centro de la vida espiritual.

Lo biológico, con todo lo que comporta de fatalidad, se vuelve algo más que un objeto de la vida espiritual, se vuelve el corazón. Las misteriosas voces de la sangre, los llamados de la herencia y del pasado a los que el cuerpo sirve de enigmático vehículo, terminan perdiendo su naturaleza de problemas sometidos a la solución de un yo soberanamente libre. (...) La esencia del hombre no está en la libertad sino en una especie de encadenamiento. “Sangre y suelo” es la consigna del mayor ideólogo del nazismo, Alfred Rosenberg. Si la sociedad moderna se fundaba sobre el acuerdo de voluntades libres, éstas mismas serán vistas por el hitlerismo como frágiles e inconsistentes, falsas y mentirosas. La sociedad será de base consanguínea o no será. “Y si la raza no existe, ¡habrá que inventarla!”

¿Qué queda del espíritu universalista de la sociedad moderna? Nada, pues se asiste a su desmantelamiento: la universalidad se transforma en expansión, que por supuesto, requerirá de la fuerza bruta y que dejará un mundo de amos y esclavos. Pero aún hay algo más en el análisis de Levinas. ¿Qué diferencia veía entre el judaísmo y el hitlerismo? Justamente el paganismo de éste.

El paganismo no es nunca la negación del espíritu ni la ignorancia de un Dios único. El paganismo es una impotencia radical para salir del mundo. No consiste ni en negar el espíritu ni negar a Dios, sino en situarlos en el mundo. En este mundo autosuficiente, clausurado en sí mismo, el pagano está enfermo. Lo encuentra sólido y bien asentado. Lo encuentra eterno. Le dirige sus acciones y su sentido. El sentimiento de Israel en cuanto al mundo atañe, es completamente diferente. Lo encuentra sospechoso. El judío no encuentra en él los asideros definitivos del pagano.

Si transcendencia y liberación son valores de la civilización occidental, no es de extrañar que Levinas vea el fin de ésta en una filosofía que apuesta por el biologismo, por la necesidad, por la pesantez. Si el espíritu del hombre lo da la pertenencia a la sangre y a la tierra, ¿por qué no organizar a los hombres según estos parámetros? De aquí podemos deducir tanto el racismo¹⁰ como el nacionalismo¹¹ del que hizo

gala el nazismo. Pero cuidado, que esto no es un arcaísmo, es justo un momento más de la modernidad; el hitlerismo tenía a la “ciencia”, estaba de su lado.

4. Walter Benjamin y el estado de excepción

Walter Benjamin es uno de los pensadores más idiosincrásicos, originales, antisistemáticos y críticos de la historia del pensamiento. Su obra, cada vez más conocida, está recibiendo el reconocimiento debido —él nunca quiso ningún honor ni celebridad— porque pocos han pensado la crisis de la civilización como él. Tardó mucho en abandonar Francia porque quiso ver de cerca al “monstruo”. El 25 de septiembre de 1940, cuando iba a cruzar la frontera franco-española por Port Bou, la policía franquista detiene al grupo con el que viajaba; sabiendo que sería entregado a la Gestapo se suicida esa misma noche ingiriendo tabletas de morfina. Tenía 48 años.

No hay un solo pensamiento de Benjamin que olvide a las víctimas del pasado o del presente para buscar su redención y esto se puede ver con claridad espigando sus ya famosas tesis en las que en el fondo se nos pide una lectura de la historia “a contrapelo”. En cualquiera de ellas puede encontrar el lector un análisis tan lúcido como enigmático de la esencia de la barbarie. Leamos su octava tesis:

La tradición de los oprimidos nos enseña que el “estado de excepción” en el que vivimos es la regla. Debemos llegar a un concepto de historia que se corresponda con esta situación. Nuestra tarea histórica consistirá entonces en suscitar la venida del verdadero estado de excepción, mejorando así nuestra posición en la lucha contra el fascismo. El que sus adversarios se enfrenten a él en nombre del progreso, tomado éste por ley histórica, no es precisamente la menor de las fortunas del fascismo. No tiene nada de filosófico asombrarse de que las cosas que estamos viviendo sean “todavía” posibles en el siglo XX. Es un asombro que no nace de un conocimiento, conocimiento que de serlo tendría que ser éste: la idea de historia que provoca ese asombro no se sostiene.

“Estado de excepción”, “regla”, “verdadero estado de excepción”... la tesis es muy densa, porque en ella se resume una parte importantísima del pensamiento benjaminiano. Analizaremos el contenido con la ayuda de Reyes Mate¹² y Michael Löwy¹³, dos grandes conocedores del pensamiento de Benjamin.

La perspectiva que adopta Benjamin es la de los vencidos, de ahí que “el estado de excepción sea la regla”. ¿Era posible que cualquier integrante de este grupo se sorprendiera ante lo que estaba ocurriendo? ¿No es ésta la tónica de la historia? Lo único novedoso era que ese estado de excepción que siempre había existido para las víctimas llegara a un número mayor de personas, nada más. Pasemos ahora al concepto “estado de excepción” tan querido por Benjamin.

Este concepto va ligado a la persona de Carl Schmitt¹⁴ y al decisionismo. El estado de excepción es “la suspensión de todo orden existente”. “En esa capacidad de suspender el derecho se manifiesta lo

que caracteriza al soberano: crear derecho, convertir su decisión en ley”. Pero esta suspensión del derecho no significa ni mucho menos que el suspendido quede libre de toda norma o desligado del derecho. Al contrario, queda a merced del poder pero sin la mediación de la norma; sigue vigente la fuerza de la ley sin la formalidad de la ley, y así el derecho queda dependiendo de la pura decisión del soberano.

Hitler, que llegó al poder por medios democráticos, suspendió todos los artículos de la democrática Constitución de Weimar mediante un decreto que nunca fue revocado. Alemania, pues, vivió bajo un estado de excepción que duró doce años.

Como bien apunta Reyes Mate, el interés benjaminiano por el estado de excepción es la superación del problema de la violencia. Para Benjamin, la violencia cumple dos funciones crea y mantiene el derecho, y dado que éste contamina la política, la pregunta es: ¿es posible una visión no violenta de la política? Sólo si se suspende el derecho, allá donde no hay norma sigue la vida su decurso natural. De ahí que este concepto fuese tan querido por Benjamin.

Pero no piensa así Schmitt. Para Schmitt, obsesionado por el caos, el estado de excepción era la panacea porque reforzaba la autoridad del poder al ubicar su legitimación en la pura decisión del soberano. El misterio del poder es, pues, la decisión. Había que hilar fino para que la suspensión del derecho no acabara en carnaval, es decir, en la liberación de toda norma. A eso se aplica Schmitt explicando la suspensión del derecho como sometimiento inmediato a la decisión del soberano sin mediación de ley alguna. Schmitt encamina la suspensión del derecho en una dirección que es la opuesta a la que apuntaba Benjamin.

De todo esto sólo cabe concluir que la excepcionalidad schmittiana mantiene la violencia política de una forma más extrema que el derecho, puesto que el súbdito queda abandonado a la voluntad del soberano. Pero esta violencia afecta de forma desigual a unos y otros.

“Los que están con el soberano están implicados en el gobierno mediante normas, es decir experimentan la decisión mitigada por la norma; el oprimido, sin embargo, está a merced del poder de decisión sin mediación posible. Para que el estado de excepción funcione, es decir, para poder dejar a parte de la sociedad en un espacio sin ley, es necesaria la presencia de la ley. Si todo fuera excepcionalidad estaríamos en el caos. Y aquí no se trata de un caos, sino de un sistema legal que puede ser para los oprimidos un estado permanente de excepción. (...) La respuesta de Benjamin a esa deconstrucción del derecho es declarar “el verdadero estado de excepción”.”

Para romper esta lógica política que marginaba a una parte importante de la sociedad al sustentarse en la violencia “mítica” —la que crea y sostiene derecho— había que responder con una violencia “divina” —la que quiere acabar con todo tipo de violencia.

“Pero es violencia porque uno se la tiene que hacer a sí mismo: si la primera (mítica) exige sacrificios de los demás, la segunda (divina) se hace cargo de ellos. La violencia divina está dispuesta a defender la vida y morir por ella, porque ve en la vida física no sólo cuerpo sino la posibilidad de la justicia. La decisión, más allá de todo derecho, de hacerse cargo del sufrimiento o de la injusticia del otro, es el gesto gracias al cual una decisión excepcional pone fin al decisionismo del estado de excepción.”

La pregunta puede parecer extraña, pero, ¿está Benjamin denunciando el estado de excepción en el hitlerismo? Básicamente no, porque quien ha declarado silenciosamente el estado de excepción es el derecho y, por tanto el Estado de Derecho, al que alude bajo la figura de “progreso”. Si el único problema fuera el hitlerismo no sería difícil resolverlo, pero el asunto es mucho más grave. Hasta los que están contra el hitlerismo lo han hecho posible, porque se han asombrado de lo que ocurre, pero se han asombrado mal: hay que saber asombrarse.

Es propio de quienes no entienden cómo en una sociedad tan moderna puede florecer un producto tan anacrónico como el fascismo. Ese asombro no lleva a ninguna parte porque nace de un prejuicio que se toma por una verdad asentada: que el fascismo es un producto antiguo. El asombro productivo debería consistir en asombrarse de no ver la complicidad entre progreso y barbarie, entre Modernidad y fascismo.

Lo que realmente ha ocurrido, según Benjamin, es que ha faltado ese historiador que, gracias a un gesto fundamental, haya sabido asombrarse; por el contrario, son historiadores de corte historicista — “los que narran lo que realmente ocurrió”—, los que se han adueñado del saber histórico. Este segundo tipo de historiadores y no el primero era el causante de que muchos ciudadanos, entre ellos Levy, no vieran la cruel racionalidad en los hechos.

Volvamos al final de la tesis, ya para concluir: “No tiene nada de filosófico asombrarse de que las cosas que estamos viviendo sean “todavía” posibles en pleno siglo XX. Es un asombro que no nace de un conocimiento, conocimiento que de serlo tendría que ser éste: la idea de historia que provoca ese asombro no se sostiene.”

5. Una revolución espiritual recorre el mundo

“Comienza hoy una de aquellas épocas en las cuales la Historia Universal debe ser escrita de nuevo. () Un sentimiento vital joven y que sin embargo se reconoce a sí mismo como antiquísimo, urge su plasmación.”

Así comienza *El mito del siglo XX*, obra del ideólogo Alfred Rosenberg¹⁵ y que durante unos años se convirtió en la Biblia del nazismo. Quizá el título engañe pues no se va a contar una historia que sucedió más allá de los tiempos y que se trae a colación para encontrar en

ella una orientación vital, no, simplemente trata acerca de cómo se crea un nuevo Sujeto, alemán en este caso, protagonista fundamental de los nuevos tiempos que se avecinan. A pesar de sus muchas páginas no se espere encontrar ni razones ni argumentos; no se trata de pensar sino de “emocionar”. Sin embargo, haremos un seguimiento de este texto acompañándonos de dos autores, excelentes conocedores del fenómeno nazi, Philippe Lacoue-Labarthe y Jean Luc Nancy.¹⁶

Dos son los puntos de partida para adentrarnos en esta obra:

1. Dado que el problema alemán es fundamentalmente un problema de identidad, la figura alemana del totalitarismo es el racismo.

2. Dado que el mito puede definirse como un aparato de identificación, la ideología racista se ha confundido con la construcción de un mito.

1.- Para comprender lo que los autores nos dicen, debemos recordar que el Estado alemán es un Estado tardío —1874— y que han pasado para entonces casi dos siglos viviendo de una cultura importada desde Francia o Italia. La Primera Guerra Mundial y las sanciones postbélicas, insultantes para Alemania, activaron ese proceso de identificación del que aquí se nos habla. En palabras de nuestros autores, “lo que le ha faltado a Alemania es ser Sujeto de su propia historia” y esto se traduce en una enfermedad que no sería otra que la esquizofrenia. ¿Por qué? Veámoslo.

Un proceso de construcción de la identidad no se levanta en el vacío, debemos encontrar algún modelo ejemplar y ¿dónde encontrarlo? En la Antigua Grecia. Pero ocurre que este modelo ya ha servido a otros, así que tomarlo sería tomar la identidad de otro y no la propia. Es entonces cuando aparece la salida: no se identificará con esa Grecia de la mesura y de la claridad, sino con esa otra arcaica de los sacrificios sangrientos, de la ebriedad, del exceso. Y de aquí tres consecuencias:

1. Promover un modelo histórico nuevo e inédito.

2. La Grecia arcaica proveía más energía identificatoria.

3. Estética podríamos llamar a esta última consecuencia porque Alemania reprodujo principalmente en la ópera —el drama total wagneriano— el festival trágico de los griegos.

Abundando un poco más en el comportamiento psicótico de la Alemania nazi, y puesto que el siguiente paso que vamos a dar será entrar en el proceso de construcción del mito, parece oportuno mencionar un texto del psiquiatra español Carlos Castilla del Pino, ya que puede arrojar más luz al asunto que tratamos. *El delirio. Un error necesario*¹⁷, así titula este ensayista una de sus obras más premiadas. La tesis central que se defiende en ella es que en el delirio no se cae, sino que se entra.

No vamos a utilizar el concepto de “normal” porque es estadístico y no psicológico, pero todos tenemos que movernos en una realidad determinada y según cómo lo hagamos se despertarán o no procesos psicopatológicos. En ocasiones, la realidad puede sernos tan hostil que nos resulte imposible vivirla, nos rebasa y a la vez nos ahoga. Este es el momento en el que el paciente —¿por qué no todo un pueblo?

— se “crea una nueva realidad” en la que poder ubicarse y orientarse. Como se ve por lo hasta ahora dicho, la situación del pueblo alemán era insoportable y era más que necesario encontrar una salida, es decir, fabricar, construir un mito potente en el cual habitar, y eso es justo lo que intentaremos exponer a continuación.

2. *El mito del siglo XX*, de Alfred Rosenberg no es un texto de argumentaciones sino de afirmaciones. Estas se suceden, se acumulan dando la engañosa apariencia de verdad, pero nada más lejos de la realidad. Se pone de manifiesto la situación crítica a la que nos ha conducido la modernidad —de ahí esas frases rimbombantes con las que se inicia la obra— y la alternativa es el nazismo. Pero entremos en materia.

El mito es así la potencia de unificación de las fuerzas y de las direcciones fundamentales de un individuo o de un pueblo, la potencia de una identidad subterránea, invisible, no empírica. Lo cual debe entenderse antes que nada por oposición a la identidad general, desencarnada, de lo que Rosenberg llama “absolutos sin límites”, y que son todos los Dioses o todos Sujetos de la filosofía, el de Descartes o el de Rousseau o el de Marx. Contra esas identidades disueltas en la abstracción, el mito designa la identidad como diferencia propia, y su afirmación.

Otro aspecto de este mito es que es soñado, y Alemania no ha soñado aún su sueño —conviene recordar que la constitución del Estado alemán dejó fuera territorios que los alemanes consideraban como propios, lo que significa que la Gran Alemania era todavía una aspiración, y aquí comienza el sueño. Pero éste deberá poseer una forma determinada, tendrá pues que encarnarse en un tipo. Veamos la secuencia de construcción.

La libertad del alma es *Gestalt* (forma). Esta forma es plásticamente limitada —recuérdese la oposición al “absoluto sin límites”. Esta forma está condicionada por la raza. Y esta raza es la figura exterior de un alma determinada¹⁸. Así, siguiendo a nuestros autores, “una raza es antes que nada el principio y el lugar de una potencia mítica”. Una vez llegados aquí, podemos intuir el contenido del discurso que pronunció Rosenberg el 22 de febrero de 1934 ante todos los cargos políticos más importantes en esa fecha: “La lucha por la concepción del mundo”: “TODA VISIÓN DEL MUNDO ES EXACTAMENTE TAN FUERTE COMO LA VOLUNTAD DE SUS PORTADORES EN DEFENDERLA. ÉSTA ES LA ÚNICA VARA DE MEDIR PARA EL JUICIO SOBRE LAS LUCHAS HISTÓRICO-MUNDIALES” (en mayúsculas en el original). Y de esto deriva cuando menos una consecuencia inmediata y plantea una pregunta acerca del pueblo judío.

Frente al cristianismo o al humanismo, que creen en la igualdad de todos los seres humanos, el nazismo los jerarquizará instituyendo así la desigualdad radical en función de ciertas características biológicas. Si todos los animales se aparean dentro de su especie, los hombres lo harán

en el interior de su raza; cualquier mezcla sería el comienzo de la degeneración.

¿Sería el judío miembro de alguna raza? En absoluto. El judío no es que represente una raza mala o deforme, el judío es informe y al no tener forma no es nada, y esto lo deja claro Rosenberg cuando afirma contundentemente que “el judío no es el antípoda del germano, sino su contradicción”. El judío lo más que puede hacer es contaminar y poner en peligro el resto de las razas, de ahí que deba ser tratado como un virus a exterminar.

Demos un paso más en este proceso. Ahora debemos hablar de la especificidad de una raza y un tipo, y ello exige dos determinaciones más:

1. La raza y el pueblo dependen de la sangre. Así el lema será “Sangre y suelo”. La sangre es naturaleza, es selección natural —la supervivencia de los más aptos—, voluntad de diferencia —de nuevo en contra del absoluto sin límites— voluntad de distinción.

2. Y, además, la raza será la aria (“ario” significa guerrero) porque es portadora del mito solar, puesto que para los nórdicos el espectáculo solar es impresionante por su rareza. Más todavía, la raza aria es el Sujeto.

El combate a partir de ahora, y volvemos al discurso de Rosenberg, será de cosmovisiones y al final sólo habrá una vencedora que se realizará en el nacional-socialismo.

Todo esto quedaría incompleto si no mencionáramos el impacto que una obra del historiador romano Publio Cornelio Tácito ejerció en esa época: *Germania*¹⁹. En dicha obra, considerada por algunos estudiosos como el primer tratado de antropología, Tácito llega a la conclusión de este pueblo ha debido mantenerse puro por la dificultad de acceso y por la ferocidad de sus habitantes. Y esto no pasó inadvertido a los ideólogos a la hora de construir el mito. Construido ya el mito, éste deberá tomar cuerpo en distintas instituciones que lo alimentarán. Pues bien, una de ellas es el Estado totalitario. A él va dedicada la próxima parte de este trabajo.

6. El Estado totalitario

Hannah Arendt concluye que lo que persigue un Estado totalitario no es sólo la transformación del mundo exterior o de la sociedad, sino de la misma naturaleza humana: “La dominación total que aspira a organizar la infinita pluralidad y la diferenciación de los seres humanos como si la humanidad fuese justamente un individuo, sólo es posible si todas y cada una de las personas pudieran ser reducidas a una identidad nunca cambiante de reacciones, de forma tal que se pudieran cambiar al azar cada uno de estos haces de reacciones. El problema es fabricar algo que no existe, es decir, un tipo de especie humana que se parezca a otras especies animales, cuya única “libertad” sería preservar la especie. La dominación trata de lograr este objetivo tanto a través del adoctrinamiento ideológico de las

formaciones de elite como a través del terror absoluto en los campos; y las atrocidades para las que son implacablemente empleadas las formaciones de elite se han convertido en realidad, en aplicación práctica del adoctrinamiento ideológico —en terreno de pruebas en el que demostrarse éste— mientras que se supone que el aterrador espectáculo de los mismos campos ha de proporcionar la comprobación teórica de la ideología.”²⁰

Conozcamos más de cerca el totalitarismo pues las palabras de Arendt son graves: cambiar la naturaleza humana. Jean Pierre Faye sitúa el origen de este vocablo en el *Discurso del Augusteo* pronunciado por Mussolini en 1925.²¹ Para comprenderlo sigamos a Carl Schmitt:

*“Una vez convertida en Estado, la sociedad debe convertirse indefinidamente en un Estado de la economía, un Estado de la cultura, del bienestar, de la previsión. Se apodera de las relaciones sociales en una totalidad. Los partidos, en los cuales se organizan los diversos intereses sociales, son la sociedad misma convertida en Estado de los partidos. Un concepto que habrían descubierto en Francia juristas y soldados, el del armamento potencial de un Estado, lo engloba todo, incluida la preparación e industrial de la guerra y hasta la formación moral e intelectual del ciudadano.”*²²

O si se prefiere, sigamos a Mussolini en un fragmento que ya anuncia una serie de características que van a presentar todos estos movimientos y que parten de la concepción totalitaria del Estado.

*“No es la nación la que crea el Estado, como en la vieja concepción naturalista, que servía de base a los estudios de los publicistas de los Estados nacionales del siglo XIX. Al contrario, la nación es creada por el Estado, que da al pueblo, consciente de su propia unidad moral, una voluntad y por consiguiente una existencia efectiva. El Estado, en tanto voluntad ética universal, crea derecho.”*²³

De lo dicho, ya podemos sacar una conclusión: la sociedad civil es fagocitada por el Estado con las consecuencias que esto acarrea; la primera será la falta de libertad, tanto en su aspecto negativo como positivo. Analicemos esto siguiendo a Isaiah Berlin.²⁴ Comencemos con la libertad negativa: *“La libertad política es, simplemente, el espacio en el que un hombre puede actuar sin ser obstaculizado por otros. (...) Libertad en este sentido es estar libre 'de'”*.

Y ahora, la positiva: *“El sentido “positivo” de la palabra libertad se deriva del deseo por parte del individuo de ser su propio amo. Quiero que mi vida y mis decisiones dependan de mí mismo y no de fuerzas exteriores, sean éstas del tipo que sean”*

Pero el Estado totalitario no sólo acaba con las libertades, no sólo crea derecho, se presenta como Estado “ético”, y aquí la influencia de Hegel en Mussolini²⁵ es patente. “La nación, en tanto

que Estado, es una realidad ética que existe y vive en la medida en que se desarrolla. Para ella detenerse es morir. El estado no es sólo una autoridad que gobierna y da forma legal y valor de vida espiritual a las voluntades individuales; es una potencia que hace valer su voluntad en el exterior, haciéndose reconocer y respetar, demostrando con hechos su universalidad en todas las manifestaciones necesarias de su desarrollo.”

Llegados a este punto, enumeremos las notas del Estado totalitario:

- a. Control absoluto por parte del Estado.
- b. Instrumentalización de los conocimientos científicos y tecnológicos para llevar aquel control hasta su extremo.
- c. Existencia de un sólo partido.
- d. Un sistema terrorista de control policíaco.
- e. Arbitrariedad en su actuación.
- f. Un fuerte componente milenarista que aspira a la renovación absoluta de la sociedad y de los individuos que la componen y a su sustitución por el hombre nuevo.
- g. Control centralizado de la economía y rígida dirección a cargo del Estado.
- h. Existencia de una ideología oficial que se transforma en verdad oficial gracias al control absoluto de los medios de comunicación.
- i. Aparición de un jefe carismático y de una elite protagonista del régimen, que constituyen la cabeza visible y venerada del Estado.

Estas características, aunque de forma diferente, las compartieron todos los movimientos derechistas ultraviolentos: fascismo, nazismo, nacional-sindicalismo, etc. Por ello, podemos, siguiendo el concepto de “definición” de Aristóteles, género próximo y diferencia específica, considerar el totalitarismo como el género que albergó a todos ellos. Por otra parte, el extremado nacionalismo (la diferencia específica) sería la causa de sus distintas denominaciones: Italia, fascismo; Alemania, nazismo; España, nacional-sindicalismo; etc..

Si observamos con detenimiento dichas características, se apreciará que el enemigo a batir es el individualismo burgués causante de las crisis sociales por las que atravesaban estas sociedades y de la que estos movimientos se consideraban salvadores.

“El totalitarismo es la reacción lógica a un proceso de atomización, a la pérdida de solidaridad orgánica; es la respuesta enloquecida que halla la organización economicista a un individualismo que le fue necesario al principio pero que lleva en sí elementos de anarquía y de disgregación que no son integrables. En resumen, el individualismo burgués de un capitalismo competitivo no

es adecuado cuando lo que está en tela de juicio es la racionalización total de la economía y de la existencia. El totalitarismo cree así realizar en torno a un valor dominante una unidad necesaria para la perduración social; sin embargo esta unidad – sería preferible llamarla interdependencia – va a obtenerse por arriba por medio de un órgano centralizador y no a partir de la espontaneidad social”²⁶

Es esta idea de unidad de lo disperso, de haz, de manojos, lo que significa “*fascis*”; de ahí “fascismo”, y quizá por ello haya dado nombre como género a los otros movimientos aunque como se ha visto, es simplemente una especie.

Pero hasta el momento sólo nos hemos detenido en el funcionamiento del Estado totalitario de cara al interior y ahora es el momento de verlo de cara al exterior, pues es aquí donde todos ellos muestran una clarísima vocación imperialista. Si el individuo desaparece en el seno del Estado, éste ahora se constituye como un macroindividuo que peleará por su expansión con otros.

El principal ideólogo del fascismo español, Giménez Caballero, así lo veía: “*Sólo ha existido en el mundo un sistema eficaz para superar ese encono eterno de clases; y es trasladar esa lucha social a un plano distinto. Trasladarla del plano nacional al internacional. El pobre y el rico de una nación sólo se ponen de acuerdo cuando ambos se deciden a atacar a otros pueblos o tierras donde pueden existir riquezas o poderío para todos los atacantes. El sentimiento de igualdad social que origina toda lucha de clases sólo se supera llevando esa igualdad en el ataque a otros países que son desiguales a nosotros.*”²⁷

Llegados a este punto, ya se puede ver con mayor claridad que un Estado totalitario con vocación imperialista sólo se puede apoyar en una economía planificada imperativamente y en una movilización permanente de las masas. Pues bien, para Renzo de Felice, uno de los más conocidos y reputados analistas del fascismo, es justamente la movilización permanente la que distingue a un régimen fascista de otros como los conservadores y autoritarios. Démosle la palabra.

“Los regímenes conservadores y autoritarios clásicos han tendido siempre a desmovilizar a las masas y a excluirlas de la participación activa de la vida política, ofreciéndoles valores y un modelo social ya experimentados en el pasado, a los que se les atribuye la capacidad de impedir los inconvenientes y los errores de algún paréntesis revolucionario reciente. Por el contrario, el fascismo siempre ha intentado (y en eso se basa en gran medida su fuerza) crear en las masas la sensación de estar siempre movilizadas, de tener una relación directa con el jefe (que es tal por ser capaz de ser el intérprete y el traductor en los actos de sus aspiraciones) y de participar y de contribuir no en una mera restauración de un orden social cuyos límites e inadecuación históricos todos comprendían, sino

en una revolución en la que gradualmente nacería un nuevo orden social mejor y más justo que el preexistente. En ello se basa el consenso de que disfrutó el fascismo.”²⁸

Considero fundamentales estas líneas de Renzo de Felice, pues vienen a poner orden en los mapas políticos, ya que hoy por hoy, a cualquier dictadura se la califica como fascista, cuando como dice nuestro autor, más que movilizar a las masas, las paralizan. De ahí que sostenga que el fascismo, hablando en general, sea un fenómeno de entreguerras, lo que no quita en ningún momento ni gravedad ni importancia a las crudelísimas y sangrientas dictaduras que, tras la Segunda Guerra Mundial, han padecido muchísimos países.

En esta misma línea se pronuncia Umberto Eco²⁹:

“Le sucede a la noción de fascismo lo que, según Wittgenstein, le sucede a la noción de juego. Un juego puede o no ser una competición, puede implicar una o varias personas, puede requerir o no una habilidad especial, puede o no exigir sumas de dinero. Los juegos son una serie de actividades diversas que reflejan solamente un cierto aire familiar. (...) El fascismo se ha convertido en un término que se adapta a todo porque incluso si se eliminan de un régimen fascista una o varias notas, siempre será posible reconocerlo como fascista. Así elimínese el imperialismo y obtendremos el régimen de Franco y Salazar.”

7. Líder carismático y dictadura. Elites y antiparlamentarismo

Thomas Carlyle³⁰ sostiene que las revoluciones y demás convulsiones sociales se desarrollan por la ausencia de lo que el denomina “el hombre capaz”, de ahí que su aparición traiga la paz. Esta persona es obedecida incondicionalmente, pues todos concuerdan que está tocado por la divinidad, que tiene “gracia”, carisma, diría Max Weber; así pues, no conoce ninguna limitación, su poder es absoluto. Pero esto, ¿no parece devolvernos al pasado?

En la teoría del derecho divino, siguiendo a John Neville Figgis³¹, encontramos cuatro principios que rezan:

a.- La monarquía —el líder carismático, para nosotros— es una institución de origen divino.

b.- El derecho hereditario es irrevocable. Nosotros hablaríamos de rutinización del carisma.

c.- Los Reyes —los líderes carismáticos— sólo son responsables ante Dios; ante la Historia, también, podemos añadir.

d.- La no resistencia y la obediencia pasiva son prescripciones divinas.

Obviamente, esta teoría del derecho divino de los Reyes debemos enmarcarla en su época e interpretarla como una reivindicación del poder real frente al Papa. No obstante, parece resumir muy bien aquellas notas que también definen a un líder carismático.

Si el período de entreguerras es crítico, como ya ha quedado de manifiesto, es normal entonces la aparición de estos “grandes hombres”. Ellos son el brazo ejecutor de una voluntad que trasciende lo individual y que puede designarse como voluntad de Dios, de la Nación, de la colectividad, de la época. Ante el naufragio de las instituciones, caducas, envilecidas, corruptas e inoperantes, la confianza de las masas se deposita en el “salvador”, el “mesías”, el “enviado”.

Todavía en la España franquista en 1975, leíamos en las monedas : “Francisco Franco, Caudillo de España por la gracia de Dios”. Mussolini, es el “Guía”. Hitler, ya en 1921 es comparado con el Mesías y cada uno de los soldados cuando muere, "muere caído en la fe de Adolf Hitler". Afirma Rosa Sala³² que el culto a su personalidad fue tan elevado que, paradójicamente, se le desligó del nazismo.

Pero aprendamos algo más de los líderes carismáticos siguiendo a Max Weber³³. Después de definir la dominación como “ la probabilidad de encontrar obediencia dentro de un grupo determinado para mandatos específicos o para toda clase de mandatos”, pasa revista a los distintos tipos sin perder de vista el soporte de todos ellos: la legitimidad en sus diversas variantes; según sea ésta así será la dominación. Si la racional descansa en la creencia en la legalidad de las ordenaciones estatuidas, y la tradicional, en la santidad de las

tradiciones, la carismática lo hace en la entrega extracotidiana a la santidad, heroísmo o ejemplaridad de una persona y a las ordenaciones por ella creadas o reveladas. La primera supone una ordenación impersonal, no así las otras, sin embargo, mientras la tradicional apela a la tradición, por lo tanto a una cosmovisión compartida, la carismática —y esto es importante— aparece allí donde no existen los valores o son compartidos de forma mínima. Recuérdese que el mito llena un vacío. Jean la Couture habla de “líder por destino”, aquél que no duda de que ha sido llamado, de ser necesario y legítimo.

Otro aspecto relevante de la dominación carismática es el proceso de comunización, es decir, el cuadro administrativo de los líderes no es ninguna burocracia, y menos que nada una burocracia profesional, sino una extensión —de ahí comunización— del carisma y así aparecen “los hombres de confianza”. Y de aquí se derivan dos consecuencias de gran relevancia.

En primer lugar no hay principios jurídicos abstractos ni reglamentos ni árbitros ni sentencias orientadas por precedentes tradicionales; lo decisivo son las creaciones de derecho caso a caso, es decir, que se cae en la arbitrariedad³⁴.

Y en segundo lugar, lo ya apuntado por Hannah Arendt³⁵, la existencia de un Estado dentro de otro, uno reglamentado y otro sin reglamentar, de forma que los cargos “políticos” no tienen presencia en la toma de decisiones. El mejor ejemplo de todo esto lo encontramos en la Conferencia de Bansee el 20 de enero de 1942 en la que se “adoptó” la “solución final”. Idea de Goering, fue R. Heydrich —con el apoyo de Eichmann— el encargado de hacer saber a altos cargos “políticos” lo que ya se había decidido hacer con los judíos. Así, la reunión fue simplemente informativa, nunca deliberativa.

Pero tampoco conviene olvidar que, según Martínez Arranz,

- 1.- El carisma no es un dato fijo, hay grados
- 2.- Es inherentemente inestable
- 3.- En todos los casos, cabe preguntar “para quién, cuándo y en qué grado” es un líder carismático.

Volvamos de nuevo a Lévinas y a su tesis el nazismo como biologismo y pensemos en una metáfora política potente. Si la sociedad, ese macrosujero, es un cuerpo, ¿cuántas cabezas tiene? Tan sólo una. Por tanto la institución política que la representa será la dictadura. ¿No consideramos en un cuerpo miembros más “nobles” que otros? Habrá por tanto una élite. Pero dicho esto, también conviene precisar que ni Hitler ni Mussolini se consideraron dictadores, sino líderes cuyo carisma les fue reconocido por sus respectivas poblaciones sin dudarlos.

¿Dictadura?

Por lo ya dicho, se comprenderá que estos regímenes no fueron nunca constitucionales, porque como afirma C. McIlwain“... en todas sus fases sucesivas, el constitucionalismo tiene una esencial cualidad: implica la limitación jurídica del gobierno; es la antítesis del gobierno arbitrario; es lo contrario del gobierno despótico, del gobierno del capricho en vez del derecho. En los tiempos modernos, a esto se ha añadido la expansión de la responsabilidad a través de la consecución de la iniciativa en las materias discrecionales de la política nacional de los representantes del pueblo; pero el rasgo más antiguo, constante y duradero del verdadero constitucionalismo continúa siendo, como lo ha sido desde el comienzo, la limitación del gobierno por el derecho”.³⁶

Pero también, por lo ya dicho, se comprenderá que vertebrar el Estado nazi por medio de una constitución sería una verdadera contradicción, pues justamente la limitación de poderes que apunta McIlwain iría contra la figura del líder carismático, que debe tomar permanentemente decisiones importantes y no debe encontrarse con obstáculos legales.

Elite y antiparlamentarismo

Según Peter Bachrach³⁷, “la defensa moderna del elitismo se basa principalmente en el postulado de que el bien de un pueblo libre y de la propia civilización depende de la capacidad de los dotados para conducir a las mayorías que acatan sus dictámenes con vistas al interés general.”

Son dos los supuestos en los que se fundamenta la teoría de las élites:

- 1.- La masa es intrínsecamente incompetente.
- 2.- Que es en el mejor de los casos materia inerte y moldeable a voluntad; y en el peor la masa es ingobernable y desenfrenada con proclividad insaciable a minar la cultura y la libertad.

Para G. Mosca³⁸, uno de los principales ideólogos del fascismo italiano, “cuanto más vasta es una comunidad política, tanto menos puede ser la proporción de la minoría gobernante con respecto a la mayoría gobernada, y tanto más difícil le resultará a ésta organizarse para actuar contra aquella”.

La teoría elitista no es sino la respuesta a la incapacidad de las instituciones democráticas para dirigir un país. Recuérdese que esta teoría no tiene nada de nueva pues ya la planteó Platón en La república cuando tras la condena y muerte de Sócrates, abogaba por

aquellos “filósofos-reyes”, únicos capaces de regir los destinos de la polis, por sabios. Lo que en el fondo se pretende es una racionalización de la sociedad basada en la división del trabajo, racionalización que acarreará el fin del parlamentarismo.

Para C. Schmitt³⁹, la evolución de la moderna democracia de masas ha convertido la discusión pública en una formalidad vacía. Los partidos políticos se enfrentan guiados por sus ansias de poder, y de este modo los argumentos se transforman en sugerencias persuasivas para ganar el apoyo de la masa dando como resultado la dictadura de la mayoría. Y es que, según Schmitt, el parlamentarismo es propio del liberalismo pero no de una democracia. ¿Cómo podemos entender esto?

Hay que dejar claro que para Schmitt hay dos clases de representación: “vertretung”, representación mediante elecciones, y “repräsentation” o representación espiritual.

Si nos detenemos a pensar, todo va encajando. ¿Podemos considerar tanto el régimen nazi como el fascista como verdaderas democracias? La contestación más rápida sería que no, pero ¿no resuenan en Schmitt conceptos roussonianos como voluntad general y voluntad de todos? El ginebrino “distingue en “El contrato social” estos dos conceptos porque confundirlos sería un gravísimo error. La voluntad de todos es la suma de votos, pero la voluntad general es algo mucho más sutil, y esto es lo que cuenta en democracia.

J.J. Rousseau estaría en esa nómina de filósofos que atraen y a la vez repugnan a los nazis y fascistas en general. Que la sociedad sea un contrato es inadmisibles pues echa por tierra el eslogan “sangre y suelo”. La sociedad es pues algo natural que de ninguna forma puede equipararse a un pacto. Aunque ya hemos tratado este asunto con anterioridad —“el mito nazi”— volveremos sobre ello más adelante, pero ahora volvamos a “la voluntad general”.

Leamos a Bernhard Groethuysen⁴⁰ en sus análisis roussonianos: “¿Qué significa esto, como no sea que entre la voluntad general y la voluntad de todos existe una diferencia de principio? La voluntad de todos “que no tiene en cuenta más que el interés privado” está sujeta a error y puede llevar a los Estados a su ruina. Por el contrario, la “voluntad general es siempre recta y tiende siempre a la utilidad pública. Existe por el mero hecho de la asociación, es en cierto modo un “a priori”, las fluctuaciones de la voluntad de todos no podrían alterarla.”

Más adelante, Groethuysen nos lo aclara algo más. “Si todos los ciudadanos que componen una sociedad son malos ciudadanos, por más que se los consulte, ninguno expresará la voluntad general; si al

contrario todos son buenos ciudadanos, bastará consultar a uno sólo, a cualquiera para conocer la voluntad general.”

Más aún. “Entonces el verdadero problema en política sería encontrar, para hacer las leyes, un hombre o grupo de hombres cuya voluntad estuviera necesariamente de acuerdo con la voluntad general o que fueran capaces de traducir con decisión la voluntad general en actos legislativos. “

Y para concluir “El verdadero patriota no se parece en nada a ese socio que más preocupado por el bien privado que por el bien público, se vale de su aportación de fondos para reclamar derechos particulares. (...) No confundamos el ideal democrático con una especie de optimismo de la pluralidad, no lo reduzcamos a un principio numérico. Jamás ha pretendido Rousseau que, de todas formas, bastaba contar los votos para que todo marchara lo mejor posible. La democracia no es un régimen tranquilo.“

Si ahora nos atenemos a lo aquí expuesto, ¿podría dudarse que el régimen nazi fue democrático? Pero no sólo esto, sino que habría que admitir que ha sido el único régimen democrático, y ello por una razón: porque en ningún lugar se ha manifestado la voluntad general como en él. ¿Para qué partidos políticos que sólo persiguen intereses privados, como decía Schmitt? ¿Para qué un parlamento que consume tiempo y recursos en discutir sin tomar decisiones? ¿Qué son esas libertades burguesas que atomizan al individuo alejándolo de la comunidad? ¿Cómo puede haber lucha de clases en un pueblo unido por la sangre? Alemania e Italia son dos regímenes democráticos cuyos ciudadanos están espiritualmente representados —y ésta es la verdadera representación, según Schmitt— por dos líderes que encarnan la voluntad general.

Entender esto es de vital importancia porque la demonización o satanización del fascismo impide comprenderlo desde dentro, perdiendo de vista que si hubiese sido una cosmovisión torpe o simplemente brutal, jamás hubiese arrastrado a tantos seres humanos. Por esto también los signos de interrogación del título del epígrafe.

8. Propaganda nazi

Comencemos con unas palabras de Goebbels: “Con una repetición suficiente y la comprensión psicológica de las personas implicadas, no sería imposible demostrar que de hecho un cuadrado es un círculo. Después de todo, ¿qué son un cuadrado y un círculo? Son meras palabras, pueden moldearse hasta disfrazar las ideas.”

Uno de los autores que mejor comprendieron el lenguaje totalitario es L. Winkler⁴¹, veamos qué tiene que decirnos al respecto:

“En el lenguaje totalitario se logra el blindage de la doctrina contra la realidad por medio de la independización de los medios retóricos, la destrucción de la frase y la repetición de tópicos y consignas autónomas.”

Se trata en principio de una ruptura entre el lenguaje y la realidad y, sin embargo, cabría hablar no tanto de ruptura sino más bien de apropiación de la realidad por el lenguaje totalitario, de una definición de aquélla por éste, pues si se admite que el totalitarismo es racional a su modo, algo de la realidad debe estar presente en su discurso, de no ser así, éste sería inocuo.

¿Cómo puede calar un lenguaje así en la población? En una obrita corta pero sustancial, Ideas y creencias, Ortega y Gasset⁴² dice que si “tenemos” ideas, en las creencias “estamos”, pues no hay vida humana que no esté constituida por algunas creencias básicas. Pero si bien es cierto que en las creencias se está, no lo es menos que también se está en la duda (queremos salir de dudas, decimos), que no es otra cosa que la negación de la estabilidad, la duda, en suma, es estar en lo inestable como tal: es la vida en el instante del terremoto, de un terremoto permanente y definitivo. Para Ortega, las dudas se convierten en grietas que las ideas tratan de llenar, es decir, que salimos de dudas pensando. ¿Qué ocurre en las sociedades en las que cala el lenguaje totalitario? Que no dudan, que desesperan; las antiguas ideas no sirven y las nuevas no están maduras. Es decir que se asientan en la nada. Y ¿no es esto el nihilismo? El vacío es total. Pues bien justo en esta situación el discurso totalitario entra en escena con fuerza salvadora, revitalizante y tonificante, afirmando con rotundidad sus creencias. ¿ Se podría decir que viene a llenar un vacío de realidad? Sí, pero a un coste inmenso, porque crea una realidad falsa. Veámoslo.

L. Winckler afirma que “el lenguaje fascista destruye la realidad por medio de una estricta cuantificación”, pero ¿no es más bien lo contrario? Lo que ocurre, como decía, es que crea una falsa realidad, porque la simplifica y la deforma. Los contenidos repetitivos y simples de la propaganda no hacen sino afianzar, fortalecer y ratificar los ya recibidos en una “educación” de corte conductista —recuérdese el cuento “La seta venenosa”⁴³ que oían los niños desde su más tierna infancia. Si ya en la obra de C. Schmitt leemos que la política se construye en la diferencia amigo-enemigo, no podemos sorprendernos ya de nada. Una sociedad que se constituye sobre la base de una racionalidad meramente instrumental, de ahí la cuantificación que mencionaba Winckler, se vuelve adiafórica, indiferente desde el punto de vista moral, pues la razón instrumental, tal y como la entiende Horkheimer⁴⁴, sólo entiende de medios para conseguir fines, fines que ella es incapaz de proponer.

“Como los fines han dejado de ser determinados a la luz de la razón, tampoco resulta posible decir que un sistema económico o político, por cruel y despótico que sea, es menos racional que otro. De acuerdo con la razón formalizada, el despotismo, la crueldad y la opresión no son en sí mismos malos, ninguna instancia racional aprobaría un juicio contra la dictadura de tener los portavoces alguna posibilidad de aprovecharse de él. Modos de expresión como “la dignidad del hombre” o implican un avance dialéctico con el que se preserva y trasciende la idea del derecho divino o se convierten en cansadas consignas cuya vaciedad sale a la luz tan pronto como alguien intenta investigar su significado específico.”

En medio de esta brutal simplificación de la realidad y por lo tanto de la vida, sólo pueden emerger “individuos que ya no son capaces de otra cosa que de esperar en expectante silencio la voz que les anuncie lo que deben hacer”, como afirma Àguila Tejerina⁴⁵. La violencia, entonces, antes de descargarse en el enemigo, se concentra en los futuros victimarios que al quedar paralizados moralmente, han perdido toda su capacidad crítica, de análisis, en resumen, se han quedado sin resortes judicativos. Es aquí cuando de nuevo surge la “divinidad” del jefe, del líder, del mesías.

Formalicemos lo dicho hasta aquí. Hemos comprobado que no hay más lenguaje que el propagandístico, pero, ¿cómo definir la propaganda? No es fácil, así que recurriremos a Emma Rodero Antón: “Se entiende por propaganda la acción sistemática reiterada, ejercida por medios orales escritos o icónicos, sobre la opinión pública, con una finalidad persuasiva, principalmente mediante la sugestión y técnicas psicológicas similares, para imbuir una ideología o doctrina, o incitar a la acción mediante la canalización de actitudes u opiniones, al presentarse la realidad tergiversada, seleccionada e interpretada con un reduccionismo valorativo y gran carga emocional. La propaganda se mueve en una estructura sociocultural determinada, sin la cual no pueden comprenderse sus repercusiones psicológicas y culturales. “

Nadie como los nazis supieron aprovechar los medios que tenían a su disposición para propagar sus mensajes. Si Mussolini prefirió la prensa, Hitler, la propaganda oral e icónica. Y, ¿cuáles son los principios de la propaganda política? Recurramos esta vez a J. M. Domenach⁴⁶ por la exhaustividad:

1. Ley de simplicidad. Es decir carencia por completo de lo que en Teoría de la comunicación, llamaríamos “ruido”. Además, brevedad y claridad.

2. Ley de la espoleta. Se ataca al intelecto por la parte más débil. Debe ser inesperado. El mensaje, de gran carga emocional, se dirige a la parte más vulnerable del individuo.
3. Ley de simpatía. Las opiniones y los argumentos del adversario no se discuten, se combaten con provocaciones dirigidas a los sentimientos.
4. Ley de la sorpresa. La mentira más eficaz es una media verdad.
5. Ley de la repetición. “Una mentira repetida mil veces, se convierte en una verdad”, Goebbels.
6. Ley de saturación y desgaste.
7. Ley de la síntesis. La síntesis es superior al análisis, pues la intuición es superior a la razón.
8. Ley de la dosificación. La presencia y la imagen deben ser constantes en los medios.
9. Ley de orquestación. Todos los medios a la vez.

Pasemos a las técnicas:

1. Empleo de estereotipos, es decir, poner etiquetas a los seres humanos. Este punto es fundamental, sólo se puede matar con facilidad e impunidad después de quitarle a la víctima su lado humano, así sólo se matan animales.
2. Sustitución de nombres por otros con connotaciones emocionales.
3. Empleo de eslóganes.
4. Selección de determinados hechos para su posterior tergiversación.
5. Señalamiento del enemigo. En este caso, el pueblo judío.
6. La alusión a la autoridad.

En 1936, Hitler afirmaba en el Congreso de Nuremberg: “La propaganda nos ha llevado al poder, nos ha permitido conservarlo; también la propaganda nos concederá la posibilidad de conquistar el mundo.”

9. Estética nazi

El 19 de julio de 1937, Hitler pronunció un discurso en la inauguración de la Primera Gran Exposición del Arte Alemán⁴⁷. Se trata de un larguísimo discurso en el que, aparte de dejar claro qué

debe ser el arte alemán, aprovecha para arremeter contra los judíos como causantes de la desmoralización y degradación de Alemania. Acusa a los judíos primeramente de haber tomado posesión de los instrumentos e instituciones que crean y mueven la opinión pública, de modo que dejaron inseguros y temerosos a aquellos que se interesaban por cuestiones artísticas. El gran pecado de los judíos era proclamar que el arte era internacional.

“Hasta la ascensión del poder del Nacionalsocialismo existía en Alemania un arte considerado “moderno” o, más bien, como propiamente revela la esencia de este término, un arte cada año. Pero la Alemania nacionalsocialista exige un arte nuevamente alemán, y ese debe ser y será, como todos los valores creativos de un pueblo, un arte eterno. Si en vez de eso se revelase falto de tal valor eterno para nuestro pueblo, ya hoy mismo resultaría carente de un valor superior.”

Más adelante afirma que si el Reich es eterno, el arte alemán también lo será.

“Por consiguiente el arte de este nuevo Reich no será valorado en referencia a criterios de viejo o moderno, sino que deberá, como arte alemán, adquirir la propia inmortalidad ante nuestra historia. Porque el arte no es una moda. Igual que mudan poco la esencia y la sangre de nuestro pueblo, en la misma medida el arte debe abandonar el carácter de la caducidad, para resultar en cambio, en sus mejores creaciones, la expresión viva y digna del ritmo vital de nuestro pueblo. Nada tienen que ver con nuestro pueblo el cubismo, el dadaísmo, el futurismo, el impresionismo, etc..”

¿Por qué no tienen cabida esas corrientes? “Obras de arte’ que no logran ser comprendidas por sí mismas, sino que exigen antes que nada complicadas instrucciones al uso —a fin de justificar su propia existencia—, con el objetivo de engañar a la persona timorata que supinamente acoge una vacuidad tan insulsa como impúdica, ¿no encontrarán más, de ahora en adelante, el camino del pueblo alemán!”

Y es que la nueva época considera la creación de un nuevo tipo de hombre. ¿No advertía líneas arriba Hannah Arendt que lo que se buscaba era transformar la naturaleza humana? “Asistimos al nacimiento de un tipo humano admirablemente bello que tras las más altas obras de trabajo celebra la máxima antigua: ¡áspera semana, pero fiesta gozosa! (...) Este tipo humano, queridos balbuceadores prehistóricos del arte, representa el tipo de la nueva época. Y vosotros, ¿qué producís? ¡Lisiados deformes e idiotas, mujeres que sólo suscitan horror, hombres más semejantes a las bestias que a los hombres, niños que, si viviesen en el modo en el que han sido figurados, se creerían simplemente una maldición de Dios!”

Estamos ante lo que se llamó en su día “arte degenerado”.

El término “degeneración” se puso de moda en Viena a finales del siglo XIX y su popularidad obedecía al éxito que había alcanzado la teoría de la evolución de Darwin. Más tarde se lo asoció con el parasitismo y luego pasó al campo de la cultura. Max Nordau, médico y escritor sionista, entendía que el arte debe ser sano y constructivo, y relaciona lo degenerado, entendido en términos de regresión, con lo infantil, la pornografía y lo patológico, introduciendo el componente racial al atribuir esta clase de arte, por ejemplo, al supuesto primitivismo de los “hombres amarillos” del este asiático. El término, que cambió de rumbo, no tardaría en ser aplicado a los judíos en los círculos reaccionarios de Viena.

Es fácil, pues, comprender los furibundos ataques de Hitler al arte moderno, porque si pensamos, como Lévinas, en el biologismo nazi, el arte se había deshumanizado, como afirmaba Ortega.⁴⁸

El ensayista y filósofo madrileño asegura que el arte nuevo tiene siempre a la masa en contra suyo, porque no es popular o, mejor dicho, por ser antipopular. Divide al público en una minoría que lo disfruta y lo saborea, y una inmensa mayoría que simplemente, no lo entiende: “Mas cuando el disgusto que la obra causa nace de que no se la ha entendido, queda el hombre como humillado, con una oscura conciencia de su inferioridad que necesita compensar mediante la indignada afirmación de sí mismo frente a la obra.”

Lo que sucede es que el arte nuevo presenta resortes no humanos, no es para todos. El arte debe mostrar pasiones y figuras humanas, y el público lo aceptará en tanto estos contenidos no sean vulnerados. Pero cabe una tendencia a la purificación del arte y “esta tendencia llevará a una eliminación progresiva de los elementos humanos, demasiado humanos, que dominaban la producción romántica y naturalista. Y en este proceso se llegará a un punto en el que el contenido humano de la obra sea tan escaso que casi ni se le vea.”

Las características que hacen de este arte “irritable” son su deshumanización; evita las formas vivas; el arte es arte; el arte es un juego; es irónico; presenta una escrupulosa realización; y sobre todo es intrascendente. Si recordamos las palabras de Hitler, entenderemos su ira ante el arte moderno. “Lejos de ir el pintor más o menos torpemente hacia la realidad, se ve que ha ido contra ella. Se ha propuesto denodadamente deformarla, romper su aspecto humano, deshumanizarla.(...) Con las cosas representadas en el cuadro es imposible la convivencia; al extirparles su aspecto de realidad vivida, el pintor ha cortado el puente y quemado las naves que podían transportarnos a nuestro mundo habitual.”

Pero es que el arte al ser una de las actividades más libres es el primero o unos de los primeros campos de la cultura en sufrir

cualquier cambio de sensibilidad. ¿Qué ocurre si el pintor, en vez de pintar una realidad, pintase una idea, un esquema de ésta? Que estaríamos ante un cuadro, o sea, una irrealidad.

Las obras degeneradas de la Exposición del 37 fueron expuestas siguiendo los mismos procedimientos de los dadaístas, cuadros mal colgados, a veces sin marco, otros acompañados de mensajes provocativos... Asistieron más de dos millones de personas. Conscientes de su valor económico, algunas obras fueron subastadas y vendidas y así las arcas del Reich se incrementaron en quinientos mil francos suizos. El resto de las obras fue a las llamas.

Para no terminar

El nueve de septiembre de 1973, día domingo, Augusto Pinochet acudió por la noche a la casa de Salvador Allende acompañado por otro general de apellido Urbina, ya que el Presidente de la República quería discutir con ellos un grave asunto. La situación chilena estaba muy deteriorada y el presidente Allende quería convocar un referéndum para saber si contaba o no con la confianza del pueblo chileno. Allende les informó de que el aviso a la nación lo daría el lunes 10, y en ese momento Pinochet le sugirió que lo pospusiera al miércoles 12, ya que quería él personalmente notificarlo al ejército para ver las reacciones. Allende consintió sin saber que el golpe ya estaba pensado para el martes 11.

¿Cuántas vejaciones se cometieron desde entonces? Como decía, han pasado pocos días de la muerte del dictador y ya se empiezan a escuchar voces que tratan de maquillar lo que fue un genocidio. Un analista estadounidense, aunque de origen latino, afirmaba en CNN que la política económica que se puso en marcha tras el golpe era tan impopular como necesaria, y que, gracias a ella, hoy los chilenos disfrutan del mejor nivel de vida de Latinoamérica. Claro, reconocía que dicha política era imposible implantarla con un gobierno democrático, sólo un gobierno como aquél podía lograrlo. No habló ni de golpe de estado, ni de dictadura, ni de torturas, ni de muertes, ni de desapariciones, ni de ausencia de libertades... nada. ¿Para qué, o por qué, lo iba a hacer? Se refirió tibiamente a la dureza de aquellos años, pero nada más. Y es que el fin sigue justificando los medios. Porque que nadie lo dude, se hizo lo que se hizo por el bien de Chile. Pero ¿quién es Chile sino los chilenos y es precisamente a éstos a quienes se mataba!

Se quiera o no, seguimos pensando con unas categorías simplemente mortíferas, en este caso es la idea de PROGRESO, la que vuelve por enésima vez a justificarlo todo. La misma categoría que escondida al principio mostró lo que es capaz de generar. ¿No hicieron lo que hicieron los nazis por Alemania, o los fascistas por Italia? La

categoría es perversa porque no recicla los desechos del matadero de la historia que van quedando en los márgenes, en la cuneta.

Asociamos PROGRESO con CULTURA, sin darnos cuenta de que, tal y como repite Benjamin, no hay documento de cultura que no sea a la vez de barbarie. Esa próspera economía chilena que disfrutaban los vivos, como no podía ser menos, esconde los rostros de todos aquéllos que perdieron su vida y con ello sus sueños e ilusiones, aquéllos que están esperando ser redimidos, aquéllos que esperan justicia porque si no la hay para ellos no la habrá para nadie.

¿Qué habría ocurrido si la razón judía, de presencia importantísima en Occidente, hubiese guiado nuestros pasos? ¿Dónde estaríamos hoy si nos hubiésemos guiado no por la razón instrumental sino por una razón compasiva?

NOTAS

¹ Así se les llamó a los que previeron la catástrofe que se avecinaba.

² Primo Levy, *Si esto es un hombre*, pg. 208

³ Walter Benjamin, VI Tesis, "Sobre el concepto de historia", Taurus

⁴ M. Löwy, *Aviso de incendio*, pg. 76, FCE

⁵ J. M. Romero, *Hacia una hermenéutica dialéctica*, pgs 93-94, Síntesis

⁶ J.A.Zamora, *T.W.Adorno: pensar contra la barbarie*, pg. 28, Trotta.

⁷ A. Neher, *El exilio de la palabra. Del silencio bíblico al silencio de Auschwitz*, pgs. 143-145, Riopiedras

⁸ E. Levinas, *Unas reflexiones acerca de la filosofía del hitlerismo*, FCE

⁹ Conviene recordar que dentro de la jerarquía racial, el judío no pertenece a ninguna raza, porque no la tiene, es la anti-raza, es quien corrompe las razas. El pico y las garras de águila, uno de los símbolos básicos del nazismo, tenía varios significados: el pico y las garras representaban las armas de las que dispone el Estado para defenderse y también espiritualidad. La serpiente que portan las garras es el Mal, el pueblo judío. Sobre si Hitler tenía conciencia de estar haciendo el mal, Efraim Zuroff, director del Centro Simon Wiesenthal, exclamó: "Por supuesto que no! ¡Hitler se creía un médico! ¡Mataba gérmenes! ¡Eso eran los judíos para él!". El caso de Himmler era similar: "Por lo que respecta al antisemitismo, es exactamente lo mismo que el despiojamiento. No hay cosmovisión alguna involucrada en quitarse los piojos, es tan sólo cuestión de higiene. Pronto estaremos despiojados." (Rosa Sala, *Mitos y símbolos del nazismo*, El acantilado)

¹⁰ Quizá no esté de más precisar algo más el término racismo. "La palabra "racismo", en su acepción común, designa dos dominios muy distintos de la realidad: se trata por un lado de un comportamiento, que la mayoría de las veces está constituido por odio y menosprecio con respecto a personas que poseen características físicas bien definidas y distintas a las nuestras; y por el otro, de una ideología concerniente a las razas humanas. No necesariamente

se encuentran los dos presentes al mismo tiempo. El racista ordinario no es un teórico, no es capaz de justificar su comportamiento mediante argumentos “científicos”; y viceversa, el ideólogo de las razas no es necesariamente un racista, en el sentido que comúnmente tiene esta palabra, y sus puntos de vista teóricos pueden no ejercer la más mínima influencia sobre sus actos; o bien es posible que su teoría no implique que haya razas intrínsecamente malas. Con el objeto de separar estos dos sentidos, se adoptará aquí la distinción que a veces se hace entre *racismo*, término que designa el comportamiento, y *racialismo*, que se reserva a las doctrinas. Es preciso agregar que el racismo que se apoya en un racialismo, produce resultados realmente catastróficos: éste se el caso del nazismo.” (T. Todorov, *Nosotros y los otros*, Siglo XXI)

¹¹ El nacionalismo fue el arma que utilizaron para acabar con la lucha de clases, pues siendo todos alemanes, formaban parte de un mismo engranaje, de una misma maquina, y por ello todas las “piezas” eran necesarias cada una cumpliendo la función prescrita.

¹² Reyes Mate, *Medianoche en la historia*, Trotta

¹³ Michael Löwy, *Aviso de incendio*, FCE

¹⁴ Un excelente estudio de la obra de este jurista puede encontrarse en Germán Gómez Orfanel, *Excepción y normalidad en la obra de C. Schmitt*, CEC.

¹⁵ Alfred Rosenberg, *El mito del siglo XX*” Biblioteca Nacionalsocialista Iberoamericana

¹⁶ P. Lacoue-Labarthe, J. L. Nancy, *El mito nazi*, Anthropos

¹⁷ C. Castilla del Pino, *El delirio, un error necesario*, Nobel

¹⁸ Recuérdese lo escrito por Lévinas.

¹⁹ P. C. Tácito, *Germania*, Gredos.

²⁰ H. Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, pg. 533, Taurus

²¹ J. P. Faye, *Los lenguajes totalitarios*, pg. 55, Taurus

²² C. Schmitt, *Teoría de la Constitución*, Alianza

²³ B. Mussolini, *El Estado corporativo*, pgs. 33-34, USI

²⁴ I. Berlín, *Dos conceptos de libertad*, pgs. 47 y 60, Alianza

²⁵ B. Mussolini, *Ibid.*

²⁶ C. Maffesoli, *La violencia totalitaria*, pg. 223, Herder

²⁷ E. Jiménez Caballero, “Genio de España”, pg. 276, *Gaceta literaria*

²⁸ Renzo de felice, *El fascismo, sus interpretaciones*, Paidós

²⁹ Umberto Eco, *Totalitarismo difuso y fascismo eterno*, pgs. 46-47, Lumen

³⁰ T. Carlyle, *Los héroes*, Iberia

³¹ J.N.Figgis, *El derecho divino de los reyes*, FCE

³² *Mitos y símbolos del nazismo*, Acantilado

³³ M. Weber, *Economía y sociedad*, FCE

³⁴ Recuérdese a Benjamin.

³⁵ H. Arendt, *Op. cit.*.

³⁶ Recuérdese a Benjamin.

³⁷ P. Bachrach, *Crítica de la teoría elitista de la democracia*, Amorrortu

³⁸ G. Mosca, *La clase política*, FCE

³⁹ C. Schmitt, *Sobre el parlamentarismo*, Tecnos

⁴⁰ B. Groethuyssen, *J.J. Rousseau*, FCE

⁴¹ L. Winckler, *La función social del lenguaje fascista*, Ariel

⁴² Ortega y Gasset, *Ideas y creencias*, Espasa Calpe

⁴³ Se trataba de un cuento muy popular que escuchaban los niños en su casa y en las escuelas. Una madre le enseña a su hijo un día de campo a recoger las setas. Le señala cuáles son las comestibles y las venenosas. A continuación le señala un tipo de setas de un aspecto increíble por su belleza. Éstas son las más peligrosas, son mortales: son los judíos.

⁴⁴ M. Horkheimer, *Crítica de la razón instrumental*, pg. 67, Trotta.

⁴⁵ Rafael del Águila, *Ideología y fascismo*, CEC

⁴⁶ J. M. Domenach, *La propaganda política*, EUDEBA

⁴⁷ Se puede hallar en Internet.

⁴⁸ Ortega y Gasset, *La deshumanización del arte*, Espasa Calpe